

22 oblatos serán beatificados el 17 de diciembre en la catedral de La Almudena.

## Siervo de Dios Juan José Caballero Rodríguez



El próximo 17 de diciembre, serán beatificados veintidós religiosos que pertenecían a la **congregación de Misioneros Oblatos de María Inmaculada (OMI)**. Los religiosos se habían establecido en 1929 en el barrio de la Estación de Pozuelo de Alarcón (Madrid) y ejercían su ministerio como capellanes en tres comunidades de religiosas y colaboraban en las parroquias del entorno. Los jóvenes escolásticos (estudiantes) impartían catequesis en

cuatro parroquias vecinas y la coral oblata solemnizaba las celebraciones litúrgicas. Esa actividad religiosa comenzó a inquietar a los comités revolucionarios del barrio de la Estación.

La comunidad religiosa de los Oblatos no se dejó intimidar. Extremó las medidas de prudencia, asumiendo el compromiso de no responder a ningún insulto provocador. Pero se mantuvo el programa de formación espiritual e intelectual, sin renunciar a las diversas actividades pastorales del programa de formación sacerdotal y misionera de los estudiantes.

El 20 de julio de 1936, hubo nuevos incendios de iglesias y conventos, sobre todo en Madrid. Los milicianos de Pozuelo asaltaron la capilla del barrio de la Estación, sacaron a la calle ornamentos e imágenes y los quemaron. Incendiaron luego la capilla y repitieron la escena en la parroquia.

El 22 de julio, milicianos armados asaltaron el convento y detuvieron a los 38 religiosos, vigilados y encañonados. Tras un registro de la casa en busca de armas, lo único que hallaron fueron cuadros religiosos, imágenes, crucifijos, rosarios y ornamentos sagrados. Desde los pisos superiores, todo fue arrojado por el hueco de la escalera a la planta baja para quemarlo en la calle.

El día 24, se producen las primeras ejecuciones. Sin interrogatorio ni juicio, sin defensa, llamaron a siete religiosos. Los primeros sentenciados fueron: Juan Antonio Pérez Mayo, sacerdote, profesor, 29 años; y los estudiantes Manuel Gutiérrez Martín, subdiácono, 23; Cecilio Vega Domínguez, subdiácono, 23; Juan Pedro Cotillo Fernández, 22; Pascual Aláez Medina, 19; Francisco Polvorinos Gómez, 26; Justo González Lorente, 21. Fueron introducidos en dos coches y llevados al martirio.

El resto de los religiosos permanecieron presos en el convento y dedicaban sus horas de espera a rezar y prepararse a bien morir.

Alguien, probablemente el alcalde de Pozuelo, comunicó a Madrid el riesgo que corrían los demás y ese mismo día 24 de julio llegó un camión de Guardias de Asalto con orden de llevar a los religiosos a la Dirección General de Seguridad. Al día siguiente, tras cumplir unos trámites, inesperadamente quedaron en libertad.

Buscaron refugio en casas particulares. El provincial se arriesgaba y desvivía por darles ánimo y llevarles la comunión. Pero en el mes de octubre, por orden de busca y captura, fueron detenidos y llevados a la cárcel.

Allí soportaron un lento martirio de hambre, frío, terror y amenazas. Hay testimonios de algunos supervivientes de cómo aceptaron con heroica paciencia esa difícil situación que les hacía prever la posibilidad del martirio. Reinaba entre ellos la caridad y el clima de oración silenciosa. En noviembre, llegaría el final de aquel calvario para la mayoría de ellos.

## Noviembre de 1936



El día 7, fue fusilado el padre **José Vega Riaño**, sacerdote y formador, de 32 años, y el estudiante **Serviliano Riaño Herrero**, de 30. Éste, al ser llamado por los verdugos, pudo acercarse a la celda del padre M. Martín y pedirle la absolución sacramental por la mirilla.

Veinte días después, tocaría el turno a los otros trece. El procedimiento fue el mismo para todos. No hubo acusación, ni juicio, ni defensa. Sólo la proclamación de sus nombres a través de potentes altavoces: **Francisco Esteban Lacal**, superior provincial, 48 años; Vicente Blanco Guadilla, superior local, 54 años; Gregorio Escobal García, sacerdote recién ordenado, 24 años; y los hermanos escolásticos: **Juan José Caballero Rodríguez, subdiácono, 24 años**; Publio Rodríguez Moslares, 24 años; Justo Gil Pardo, 26 años; José Guerra Andrés, 22 años; Daniel Gómez Lucas, 20 años; Justo Fernández González, 18 años; Clemente Rodríguez Tejerina, 18 años; y los hermanos coadjutores Ángel Francisco Bocos Hernández, 53 años; Marcelino Sánchez Fernández, 26 años y Eleuterio Pardo Villarroel, 21 años.

Se sabe que el 28 de noviembre de 1936 fueron sacados de la cárcel, conducidos a Paracuellos de Jarama y allí ejecutados. Consta en el proceso diocesano que todos murieron haciendo profesión de fe y perdonando a sus verdugos y que, a pesar de las torturas psicológicas durante el cruel cautiverio, ninguno apostató, ni decayó en la fe, ni se lamentó de haber abrazado la vocación religiosa.



ENVIADOS A EVANGELIZAR A LOS POBRES  
DISPUESTOS A SACRIFICAR LA PROPIA VIDA

El pasado mes de julio, Benedicto XVI confirmaba la fecha de la beatificación que tendrá lugar en la catedral de la Almudena de Madrid el sábado 17 de diciembre.

### **Hno. Juan José Caballero Rodríguez**



Nació en Fuenlabrada de los Montes, archidiócesis de Toledo y provincia de Badajoz. Era subdiácono. En breve iba a ser ordenado sacerdote. Joven de gran personalidad, vivía con la preocupación de fomentar el buen espíritu a su comunidad. Era emprendedor, metódico y perseverante en cuanto acometía. Su característica más sobresaliente: fuerte inquietud misionera que contagiaba a sus hermanos de comunidad. Con sus 24 años, ya se veía misionero y actuaba como tal.

Juan José nació el 5 de marzo y fue bautizado el 16 del mismo mes en la parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción. Su padre, Jesús María Caballero, estaba casado en segundas nupcias con Baudilia Rodríguez y de este segundo matrimonio nacieron dos hijos: Elisa y Juan José. Del primer matrimonio habían nacido también dos hijos: Arsenio y Epifanio Caballero Molina. La condición económica de la familia era pobre; pero profundamente religiosa. El padre, que se dedicaba a la agricultura, era tenido como una de las personas más religiosas de la localidad. Al fiel cumplimiento de todas las obligaciones de cristiano, añadía la ayuda a la parroquia como Sacristán. Pertenecía también a las cofradías del Santísimo Sacramento, de la que era secretario, y la de Jesús Nazareno, de la que era Hermano Mayor. Por sus conocimientos culturales, poco corrientes entonces por aquellos pueblos, era una buena ayuda, no sólo del párroco, sino también de los vecinos.

Existía una gran unión y cariño entre los miembros de su familia. Juan José sentía la vocación misionera, pero la mantuvo oculta, dadas las necesidades materiales del hogar, que requerían su presencia. Un compañero de escuela dice de él que *“ninguno llegaba a la altura de Juan José y que éste siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás (en las tareas escolares), que era totalmente cumplidor de sus deberes y que su ritmo de aprendizaje era ideal”*.

La Providencia quiso que familiares del P. Francisco Esteban (quien será más tarde su Provincial y compañero de martirio) entraran en relación con él. La familia Esteban Lacal le prestó ayuda económica y esto facilitó a Juan José el ingreso en el seminario menor de los Misioneros Oblatos en Urnieta. Allí mejoró mucho en su dedicación al estudio y a la práctica de las virtudes.

Terminados los estudios secundarios, pasó a Las Arenas para hacer el noviciado e hizo su primera profesión religiosa el 15 de agosto de 1930, fiesta de la Asunción, titular de la parroquia donde fuera bautizado. En 1931, ante la persecución desatada contra la Iglesia en Madrid, conocida como la quema de conventos, por razones de seguridad, vuelve con sus hermanos de comunidad a

Urnieta. Más tarde, ya de nuevo en Pozuelo, tuvo que incorporarse al servicio militar y fue destinado al Norte de África. El tiempo vivido en ese continente contribuyó a aumentar su inquietud y vocación misionera.

De vuelta a Pozuelo, hace su oblación perpetua el 25 de febrero de 1936 y unos meses después recibe el subdiaconado. Pero dos semanas más tarde las ilusiones que había puesto en el sacerdocio, cada vez más cercano, se ven truncadas por el comienzo de un calvario que culminaría en el martirio.

